

---

# Sección Rescate

Francisco Soler

*Luis Gustavo Lobo\**

Francisco Soler es, a pesar de su importancia en nuestra literatura, un escritor desconocido. No es sino hasta hace relativamente poco tiempo, que su obra ha comenzado a ser revalorada como uno de los aportes más valiosos y representativos de la época modernista dentro de la literatura costarricense.

Hace algunos años, en 1989, esta revista publicó un número dedicado a Francisco Soler, que acogió parte de la investigación que realizaban, (en esa oportunidad), los estudiosos Flora Ovares, Álvaro Quesada Soto, Margarita Rojas y Carlos Santander; investigación que dio sus frutos al publicarse obras como ANTOLOGÍA DEL TEATRO COSTARRICENSE (EUCR, 1993), y EN EL TINGLADO DE LA ETERNA COMEDIA (EUNA, 1995).

A pesar de que Francisco Soler ha sido objeto de estudio en algunas obras referentes a nuestra literatura, siempre ha sido tratado como un autor casi marginal. Eso no es así. Si Rafael Cardona es uno de los más claros representantes del modernismo en su faceta poética, Soler es un prosista que, por ratos, nos recuerda a Valle Inclán en sus famosas "Sonatas".

Pero, para hablar de Francisco Soler como hombre y artista, hemos echado mano de las apreciaciones que, sobre su vida, hace la estudiosa e investigadora Flora Ovares y que vieron la luz en la revista ESCENA, año 11, número 20-21, 1989, página 80. El texto se titula PACO SOLER. Cedámosle, pues, el uso de la palabra.

---

\* *Estudiante avanzado de la carrera de Español de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional. Investigador y escritor.*

Francisco Soler nació en 1893 y murió en París, en enero de 1920. Pertenece a una generación literaria formada por poetas como Rafael Cardona, Rogelio Sotela, José Basileo Acuña y Julián Marchena y ensayistas como León Pacheco, Octavio Jiménez y Cristián Rodríguez.

Soler se incorporó al periodismo desde muy joven y colaboró en varias publicaciones como ACTUALIDADES y LA LINTERNA, en las que se distinguía por su humor cáustico y su ironía mordaz.

Escribió una novela, *EL RESPLANDOR DEL OCASO*, en 1918 y varias obras de teatro de orientación modernista y decadente: *LA ILUSIÓN ERES TÚ* (1914), en colaboración con Carmen Lyra, *LA INICIACIÓN* (1914), junto con Camilo Cruz Santos, *EL ÚLTIMO MADRIGAL* (1918) y *EL ÚNICO CUENTO DE HADAS* (1920). Sus contemporáneos comentaron también muy favorablemente otros trabajos suyos, como las conferencias que tituló: *LOS SIETE PECADOS CAPITALES* y *MUSGO DE RUINAS*.

El tiempo nos legó una imagen difusa y atrayente de este escritor. Mario Sancho, con quien compartió ilusiones y desengaños juveniles, se refería, en 1910, a su espíritu indisciplinado, su noctambulismo callejero y bohemio. En 1920, otro amigo suyo, Jenaro Valverde L., al conocer su muerte, lo recuerda como "pecador incorregible e impenitente", que reía de sus pecados y los mostraba como un desafío a la parsimonia burguesa. Como el resto de sus compañeros de generación, veía en él al muchacho generoso, antítesis del hombre virtuoso, ahorrativo y preocupado por el éxito económico y la admiración de los demás. Por su parte, —años después—, el histo-

riador de la literatura, Abelardo Bonilla, recoge esta imagen y habla de una inteligencia aguda pero sin cultivar y un talento y una vida brillantes, pero derrochados...

Tal vez perdure este recuerdo de Soler porque su muerte prematura selló, como una extraña aprobación del destino, su negativa a integrarse al mundo de los mayores, la resistencia a jugar aquellos papeles y vestir aquellos disfraces con que nos inmoviliza la sociedad. Fijó esta estampa del joven irreverente y desprejuiciado y heredó a las actuales generaciones el placentero deber de releer sus obras y compartir los anhelos y preguntas que siguen proponiendo.

De su corta producción, se reproduce el texto completo de *LA INICIACIÓN*, quizás, el aporte más relevante de Santos Cruz y Soler a la literatura dramática nacional. Pese al cambio que significó con respecto al tradicional drama burgués o a la comedia costumbrista, esta obra se publicó sólo una vez, en la revista nacional *RENOVACIÓN*<sup>1</sup>. Por este motivo resulta imperativo reproducirla, como contribución al mejor conocimiento de nuestra literatura de principios de siglo.

Pues bien, el texto del que vamos a hablar hoy no es, precisamente, *LA INICIACIÓN* que fue transcrita y analizada debidamente no sólo en el número referido de la revista *ESCENA*, sino que forma parte de las obras recopiladas en la *ANTOLOGÍA DEL TEATRO COSTARRICENSE*.

Sin embargo, hay dos apreciaciones que nos parecen importantes de este último párrafo: el señalar que *LA INICIACIÓN* es "el aporte más relevante de Cruz Santos y Soler a la literatura dramática nacional", como es,

1. *RENOVACIÓN*. (San José), t. IV, ns. 81-82, (30 de mayo de 1914), pp. 129-152. *LA INICIACIÓN* representada primero en Quito, Ecuador y, luego, en 1918, interpretada por la Compañía Nacional de Zarzuela y Ópera (Fernando Borges *TEATROS DE COSTA RICA*, 2a. ed., San José: Editorial Costa Rica 1980).

efectivamente y el señalar que dicho texto fue publicado una sola vez, y entonces "*por este motivo resulta imperativo reproducirla, como contribución al mejor conocimiento de nuestra literatura de principios de siglo*". Efectivamente, Soler apenas tuvo tiempo de producir y publicar algunos textos. La gran mayoría de ellos fue publicado una única vez y en revistas y periódicos de la época. Véase un ejemplo: la novela *EL RESPLANDOR DEL OCA-SO* debió esperar 63 años desde su primera edición de 1918, hasta que, en 1981, la Editorial Costa Rica realizó una segunda edición de la obra.

Sus otras obras han corrido parecida suerte. Obras como *EL ÚLTIMO MADRIGAL*, no sólo son desconocidas, sino que pasan por obras que son, únicamente, del conocimiento de eruditos y estudiosos...

Dos textos de Soler esperan ser rescatados: *LA ILUSIÓN ERES TÚ*, donde tuvo por coautora a la gran maestra y cuentista Carmen Lyra, texto que, desgraciadamente, no nos ha sido posible ubicar, aunque no descartamos el recuperarlo próximamente, y el que en este momento, nos ocupa. Se trata de *EL ÚNICO CUENTO DE HADAS*.

Nos enfrentamos a un diálogo: los interlocutores son Leonardo da Vinci y su obra maestra: la Gioconda, mejor conocida por todos como la Monna Lisa.

Leonardo le cuenta a Monna Lisa el cuento de la Cenicienta... Poco después aparece un niño que le huye a la policía: se trata de Benvenuto Cellini... Al final, se concluye en el hecho de que la vida es un cuento de hadas.

Este texto, al igual que otras obras, ha andado disperso en revistas y antologías especializadas. Un recuento parcial de las publicaciones nos da:

- Publicado en *Athenea*, 3 (15): 834-839, 1920.
- Publicado en Sotela, Rogelio (1923). *Escritores y Poetas de Costa Rica*. San José: Lehmann, págs 600-606.
- Publicado en Sotela, Rogelio (1942). *Escritores de Costa Rica*. San José: Lehmann, págs 666 ss.
- Publicado en *Brecha* 1 (10): 16 ss, 1957.

Es imperativo, para obtener un mejor conocimiento de nuestra literatura, como opina la investigadora y estudiosa Flora Ovares, que nos dediquemos a rescatar estas obras y a valorarlas, no desde una perspectiva obsoleta y sin sentido, sino otorgándoles el valor que poseen como manifestación humana de una época y de una sociedad particular.

Quizás sintamos a Soler como un escritor lejano a nuestra sociedad y a nuestra idiosincrasia, y no nos equivocaremos. Soler es el más modernista y universal de nuestros escritores. Desde algún punto de vista, podemos afirmar que Soler, es el caso más extraordinario de un escritor universal. Es uno de esos casos que Darío gustoso hubiera firmado y colocado junto a los otros casos que él denominó "Los Raros".

No debe, entonces, sorprendernos el hecho de que Soler, después de más de 80 años de fallecido, no descansa en su país natal, sino en el París que lo acogió en 1919, y donde murió, en 1920, cuando apenas contaba 27 años...

**N. B.:** El autor quiere dejar constancia de su agradecimiento a la profesora Flora Ovares de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, por las facilidades brindadas para reproducir –parcialmente– su texto *PACO SOLER*, publicado en *Revista ESCENA*, 11 (20-21): 80-81, 1989.

# EL ÚNICO CUENTO DE HADAS

*Francisco Soler\**

## I

*El crepúsculo primaveral se detiene en la ventana que mira al jardín como un ojo negro con pestañas de hiedra, donde las blancas flores de los maceteros tienen temblor de lágrimas bajo el nácar del ambiente.*

*Apenas filtra en el salón claridad que lanza contra el suelo la sombra espesa de las cortinas y agujerea el cristal de un espejo que, allá en el fondo, viste de sosegado brillo azuloso la pujante desnudez de una cazadora que impone tímidamente su blancura en un rincón.*

*Las barbas caídas en el pecho cual un chorro de agua, frente a la tela montada sobre el caballete en la que empieza a plegar los labios la Gioconda, el anciano Leonardo da Vinci acecha una sonrisa para dar el toque postrero con el rojo que acaba de encender en su pincel. Ambos se encuentran cansados. El maestro realiza esfuerzos por matar el tedio. En vano. Tiene tan bruno el humor que las bromas acogen allí disonancia perezosa, mortificante. Ella se halla fácil a la burla, por donde las palabras del viejo ruedan secas hasta confundirse con los bostezos del lebrél echado junto a sus pies, silencioso y en quietud lo mismo que si fuese de barro.*

*Monna Lisa.* —Luego, no la encontró?

*Leonardo.* —Ah!... No, señora. Nunca supo encontrar el pie que calzara aquel zapatín de cristal cuyo taconeó hubiese resonado claramente a carcajada. Aún no estábais vos en el mundo.

*Monna Lisa.* —Pero la historia, si no recuerdo mal, os contradice. Y por sencilla razón de edad es probable que goce de mejor experiencia que vos. Es tan vieja la pobre! Si hasta ha dado en repetir siempre lo mismo!

*Leonardo.* —Fue sabio en alguna vez dar oído a la historia? El príncipe quiso, sí, calzar a mil y una damas. Mas ellas se negaron, que no todas se atreven a lucir los pies tras la escarcha del cristal. No comprendéis que así aumenta la dificultad de esconder el rumbo que llevan nuestros pasos?

---

\* Tomado de: Sotela, Rogelio. (1923). ESCRITOS Y POETAS DE COSTA RICA. San José, Lehmann, págs 600-606.

*Monna Lisa.* —Continuáis torciendo la leyenda. Entendía yo que entre ellas se suscitaron riñas en acopio, pues que no hubo una que se fingiera acreedora de calzarlo. Qué provecho va en ocultar el movimiento de los pies cuando, al cabo, en la tierra los puntos cardinales se reducen a cuatro y, a la corta, unas veces, otras a la larga, todos nos vemos en el camino.

*Leonardo* — No obstante tratamos de jugar al escondite.

*Monna Lisa* — Para qué!...

*Leonardo* — Para entretenernos, acaso.

*Monna Lisa* — Es una manera pues, de hacer algo. Nos aburrimos tanto! Sin embargo, ya nos fastidiará el tal entretenimiento. Entonces llevaremos todos el alma lo mismo que se llevaba el cuerpo en las edades olímpicas, cuando el sol era el único encargado de vestir con sus morenas quemaduras la carne de triunfal vigor.

*Leonardo* — La mucha juventud os engaña. Todavía creéis en los hombres. En la regeneración de los hombres. Sois muy joven. Y yo tan viejo... Es la distancia que separa vuestra sonrisa del rojo que aletea en mi paleta. Yo ni en vuestras sonrisas creo: es mientras ingenua, misteriosa; y me parece impenetrable, al tiempo que me parece un panal roto que destila miel sobre el cual revuela sin ruido, con el agujijón saliente, una avispa transparente y dorada. No he sabido aprender si sonreís a una esperanza, o, si por vuestra desventura, ocultáis un desengaño. Pensemos en la noche, señora, que está llena de luces, y, ya la veis, es cuán oscura...

*Monna Lisa* — Jamás como vuestra leyenda. Tenéis aún al príncipe con el zapatín en la mano, cosa que no cuadra bien a su estirpe. A quién calzó, en definitiva, el príncipe, aquel zapatín de cristal?

*Leonardo* — A nadie.

*Monna Lisa* — Y siendo así, porqué me tenéis esperándolo?

*Leonardo* — Como era de cristal, posiblemente a estas horas se ha roto. Además que vos merecéis lucir los pies desnudos.

*Monna Lisa* — Merecimiento, amigo mío, que no tomo por exclusivo, y que me explica por qué el zapatín...

*Leonardo* — Basta; no tolero que os mezcléis con las otras. El zapatín, os lo acabo de decir, como era de cristal debe de haberse quebrado.

*Monna Lisa* – Triste fin, mía fe.

*Leonardo* – Al quebrarse se haría música.

*Monna Lisa* – Luego la pobre muchacha, modelada, quizás, para alivio de las almas en pena, se sangraría las plantas en el sendero sin sombra de su vida, al caminar sobre los guijarros...

*Leonardo* – Ni más ni menos. El destino viene de casta de ciegos.

*Monna Lisa* – Eso cuentan del amor.

*Leonardo* – Pero mienten. El amor tan sólo ha sido vendado y ve mejor de lo que suponemos.

*Monna Lisa* – Sabéis, maestro, que vuestras leyendas antes que halagüeñas resultan brumosas? Poseen la rara virtud de los pájaros enjaulados que cantan alegremente para llenarnos de tristeza.

*Leonardo* – Perdonad. Quise alegraros. Sino que cuando no os veo sonreír se empaña todo para mí con aquella helada grisura que asumen los paisajes a través de la lluvia. Rebosáis de ilusiones, amiga. Y a pesar, no adivino qué melancolía las baña. Esa melancolía es una larga lluvia monótona. Esperemos el iris.

*Monna Lisa* – Llamad, pues, siete ilusiones de siete colores diversos. Ahuyentad mi melancolía y sonreiré. Anhele sonreír. Olvidásteis vuestras añejas historias? Las historias que hace cuatro años me sacaban de la vida...

*Leonardo* – Por la razón sonreíais.

*Monna Lisa* – Puesto que acertábais a abrir en mí grietas por donde se escapaba la risa. Hoy tenéis en olvido vuestras historias antiguas pobladas de rubias princesas con ojos que veían azul, eternamente complacidas de magos que en tocándolas con sus labios ansiosos las ponían a temblar y las encendían como una llama al viento... El bufón remedaba vuestros gestos de entonces.

*Leonardo* – Recuerdo una ahora.

*Monna Lisa* – Que yo ignoro?

*Leonardo* –Quizás.

*Monna Lisa* – Y es...?

*Leonardo* – Eran los buenos tiempos en que las hadas venían a la tierra.

*Monna Lisa* – Y ya no vienen?

*Leonardo* – Vinísteis vos y entiendo que sin cortejo.

*Monna Lisa* – Poco poderosas somos las hadas cuando nos está vedado hasta reducir nuestra propia tristeza.

*Leonardo* – Sucede que vos...

*Monna Lisa* – Mas como yo conozco mi historia, referid la de aquellas hadas de los buenos tiempos.

*Leonardo* – Allá en un país tan lejano que sólo en el viento se lograba ir hasta él, nació hace luengos años, cuando el sol quemaba más, una niña.

*Monna Lisa* – Era un hada la niña?

*Leonardo* – No. Era una mujer, que ya es bastante; no hace falta más... Una nube que se dejaba guiar por cualquier ráfaga. Pues sucedió que la madrina, la dulce madrina que sí era hada, tuvo en antojo enseñar a sus compañeras los ojos de carbón de la niña prontos a levantarse en llama. Y se los sacó...

*Monna Lisa* – Y la niña no pudo ver en adelante...

*Leonardo* – Más le valiera! Venía el hada de regreso trayendo los ojos en que sus compañeras pusieron extraños prodigios: la vieja reina Mab, sin salir del carro de perlas tirado por libélulas que la llevan a los astros, poder para ahuyentar las sombras; Paribanú, fuego para encender las almas; Veriluna, tranquilidad para acrecentar la belleza, como el verano, por ejemplo, que acentúa los crepúsculos; y las siete silenciosas del bosque, que jamás tuvieron voces por encima del rumor de las hojas, la virtud de dormirse durante los instantes felices en un prolongado regocijo, según hacen los mármoles que aprisionan a menudo un vuelo de la gracia y en vez de libertarlo al trotar del tiempo, lo hacen con mayor fuerza.

*Monna Lisa* – Qué feliz!

*Leonardo* – Sin embargo la suerte perdió el camino.

Próxima a llegar la madrina, sintió que se le quemaban las manos. Temerosa y violenta arrojó los ojos por tierra. Luego hízose imposible encontrarlos. La niña, es natural, creció. Sus carnes enjutas, sin forma por más de quince años fueron hinchéndose de tentaciones en el desenvolvimiento armonioso de las líneas que rimaban entre sí con aquella divina redondez de los exámetros en los cantos del otro ciego, del ciego cuyos ojos muertos vieron el fondo de los siglos. Y conforme se llenaron de sangre ansiosa sus venas, desatósele en la cabeza el tropel de las ilusiones sin encontrar, ya lo supondréis unas pupilas por donde escaparse y salir a mecerse en el viento. Entonces la niña, plañidera y doliente, dióse a rogar que le devolvieran la vista, aunque sin virtudes extraordinarias. Enfurecidas las hadas por semejante desprecio, retiraron los dones que concedieran y condenaron al fuego de aquellos ojos a incendiar y convertir en cenizas las ilusiones que anidan en la imaginación sin cesar de batir las alas, ensayando vuelos imposibles hacia la realidad. Mucho tiempo esperó la niña alcanzar los colores que visten las cosas. Y de la esperanza nació el credo de que un príncipe lejano, tenía que encontrarlos para entregárselos junto con su propio corazón, casa de alegrías.

*Monna Lisa* – Todas las mujeres esperan así.

*Leonardo* – Ya todas suele acontecer lo que a la de mi historia. Un mendigo de los caminos encontró los ojos. Hízose por malas trazas con los arcos principales que debían delatar a un amable prometido del ensueño. Rindió a la niña. Pero cuando quedó de nuevo mal cubierto por girones [sic], en pago de su engaño recibió el desprecio. He aquí la historia de la niña que iba a ser feliz. La historia de siempre!

*Monna Lisa* – Y vos, maestro, la habéis relatado, naturalmente, para alegrarme.

*Leonardo* – Para distraeros. Sólo que yo peino canas. Mis manos tiemblan. Y el tremor de mis manos aleja de vuestros labios la sonrisa que aletea en el rojo vivo de mi paleta.

*Monna Lisa* – La sonrisa que sentís en vuestra paleta, en otra hora la tuve yo.

*Leonardo* – Con mis labios debí apresarla en los vuestros lo mismo que se prende una mariposa.

*Monna Lisa* – Debiérais mediros, que estáis dando justa razón al rumor volandero que anda con mi fama. La mía y la limpia fama de Micer di Giocondo.

*Leonardo* – A mi edad, señora, las audacias de un hombre resultan inofensivas. Son dardos embotados. Más ofensiva es la sonrisa que se desprende ahora de vuestra boca, enigmática siempre, pero transparentando la burla mezclada con la piedad.

*Monna Lisa* – Copiad entonces esa sonrisa.

*Leonardo* – Tanto me duele que habría de copiarla con sangre del corazón.

**ESCENA**

---

## II

*Repentinamente penetra un niño con las guedejas desaliñadas, la cara sucia, asustados los ojos y el pecho jadeante. Está cubierto de astrosos harapos que permiten ver, a parches, insinuaciones de una fuerte musculatura. Su voz, en rehilo tiene, no obstante, decisión categórica. Mira hacia todos los lados, y poco a poco va calmándose.*

*El niño* – Salvadme!

*Leonardo* – Qué sucede?

*Monna Lisa* – Quién te persigue?

*El niño* – Los alguaciles. Me persiguen porque rompí con una piedra el pie de una estatua del palacio del Duque Cosme. Amparadme!

*Monna Lisa* – Pierde tus temores. Estás en mi casa.

*Leonardo* – Cuál es tu nombre, rapaz? Dímelo sin mirarme de esa suerte altanera que bien pudiéramos creer que nos estás protegiendo.

*El niño* – Mi nombre? Benvenuto.

*Leonardo* – Y el de tu padre?

*Benvenuto* – Giovanni Cellini.

*Monna Lisa* – El músico?

*Benvenuto* – Sí...!

*Leonardo* –Tú eres aquel niño de quien repiten las gentes que cuando tocas, conviertes tu flauta en una jaula de pájaros?

*Benvenuto* – Las gentes nada saben. Mi hermano y yo aprendimos los secretos que mi padre recibiera de un vagabundo de Bizancio. Pedro se escapó para engrosar los tercios del bastardo Médicis. Yo hubiera ido a acompañarlo pero me juzgaron inútil por pequeño. Mejor. Allí hay que hacer los que otros mandan.

*Monna Lisa* – Según eso has seguido en tu oficio?

*Benvenuto* – No. Mi padre me castiga porque me cree perezoso. No soy perezoso. Solamente que, como hallo incompleta la música, me cansa. Nunca alcanzo a interpretar mis anhelos.

*Monna Lisa* – Incompleta la música!

*Leonardo* – Le sobra razón.

*Benvenuto* – Sí, incompleta. Imaginad, señora, que le quitaran los labios a vuestra sonrisa o las pupilas a vuestro mirar. Así es la música: una mirada sin ojos, una sonrisa sin labios.

*Leonardo* – Aprende a pintar.

*Monna Lisa* – Pintarás sonrisas en tanto estés joven, que a cierta edad es cosa menos que imposible.

*Leonardo* – Señora, pintar un misterio equivale a romperlo. Nadie se resigna a ser profano. Y tú, niño, por qué no empeñas tu agilidad en la escultura?

*Benvenuto* – Porque resulta tan imperfecta como la música. Se me antoja una garganta sin voz, un seno sin leche. Yo quisiera resumir en un pedazo de piedra la musculatura de un dios bárbaro y sangriento, encendido en colores de pasión, que cantase con ligereza de trino versos que perduran en el tiempo con la firmeza sinuosa de una montaña.

*Leonardo* – Eres un niño más sabio que los sabios!

*Benvenuto* – He aprendido tanto en las tabernas...

*Monna Lisa* – Tú frecuentas las tabernas?

*Benvenuto* – No os extrañe. Un vecino mío es hijo de un tabernero establecido al otro lado del Arno. Siempre que mi padre me azota porque me niego a tocar flauta, me refugio en la taberna.

*Monna Lisa* – Jamás pierdes tu pereza de tocar?

*Benvenuto* – En algunas ocasiones toco.

*Monna Lisa* – Quieres hacerlo ahora?

*Benvenuto* – No traigo mi flauta.

*Monna Lisa* – Aquí hay una.

*Leonardo* – Que la traigan.

*Monna Lisa* – Stello! Stello!

*Aparece el paje, todo rosa hasta los pies.*

*Stello* – A vuestro servicio.

*Monna Lisa* – Traed la flauta.

*El paje se marcha silencioso.*

*Benvenuto* – Ese paje es una copia de vuestra beldad, señora. La sonrisa de la tela que pinta el maestro es más de él que vuestra.

*Leonardo* – No desmiente la cepa.

*Monna Lisa* – Cuentan que es mi hermano.

*Leonardo* – Es un paje que sabe madrigales y en los ratos de ocio fabrica con la seda que halla en la rueca, prisiones para encerrar moscas. Además tiene una historia romántica que nadie se atreve a repetir en voz alta.

*El paje retorna ceremonioso.*

*Stello* – En qué más he de servirlos?

*Monna Lisa* – Por ahora en nada.

*Leonardo* – Qué vas a tocar Benvenuto?

*Monna Lisa* – Sabes una plegaria que compuso hace poco tu padre?

*Benvenuto* – No he podido aprenderla. Yo sólo sé interpretar el sentido de lo que veo. Queréis que saque de mi flauta este crepúsculo?

*Monna Lisa* – Abre, Stello, la ventana y que entre la primavera.

*El paje obedece. Hay una lenta fuga de sombras. Los hilos de luz que acaban de entrar parecen colgarse de la flauta que el niño toca. Todos están suspensos. Bruscamente, sin soltar el pincel de la mano, interrumpe el viejo.*

*Leonardo* – Oíd, señora, el único cuento de hadas: la vida. La vida que asalta vuestro palacio por el agujero de una flauta. Paso a la primavera que trae la vida.

*Monna Lisa* – Leonardo!

*Ella sonrío. Y en un estremecimiento casi involuntario, el anciano pintor traza un rasgo en la boca del retrato.*

*Leonardo* – La vida es el único cuento de hadas que os hace sonreír.

*Benvenuto* – La pincelada que acabáis de dar os conduce a la inmortalidad, maestro!

*Monna Lisa* – Maestro!

*Y él se vuelve hacia la tela.*

*Leonardo* – Ahora, señora, seguid sonriendo a la vida.

*Monna Lisa* – Leonardo!

*Volviéndose hacia ella.*

*Leonardo* – Y sonreíd a este viejo que está tan cerca de la muerte!